

ducirle algún placer; porque no ignoro que á una joven Princesa nacida en Francia debe concedérsele alguna mayor libertad de la que gozaría una Infanta de España educada en Madrid; así, procuraré por todos los medios hacer que no encuentre diferencia ninguna entre su país y éste.

Regalóme un rosario de *palo de Águila*, madera preciosa y rara que traen de las Indias, unos *búcaros* de Portugal, vasos de tierra sigilada guarnecidos con filigranas, y varias joyas muy bonitas.

Difícil sería encontrar una residencia más suntuosa que la casa donde vive la Duquesa. Las habitaciones altas, que son las que ocupa, están recubiertas con preciosos tapices recamados de oro. Vense en una larga sala, más larga que ancha, varias puertas vidrieras que conducen á los aposentos de las señoras. El primero es el de la Duquesa de Terranova, tapizado de gris, con una cama forrada del mismo color; el segundo pertenece á su hija la Duquesa de Monteleón, que siendo viuda tiene tapices y muebles grises iguales á los de su madre; el tercero corresponde á la Princesa de Monteleón y no es mayor que los otros, pero tiene una cama de damasco verde y oro, adornada con brocado de plata y blondas españolas. Alrededor de las sábanas colgaba una puntilla de Inglaterra extremadamente ancha y hermosa. Los aposentos de las hermanas menores de la Princesa eran dos, y estaban cubiertos de damasco blanco; las dos niñas que los ocupan han sido nombradas *meninas* de la Reina. Á continuación abríase la estancia de la Duquesa de Híjar, tapizada de terciopelo carmesí con fondo de oro. Los aposentos están separados unos de otros por tabiques de madera, y las doncellas duermen en la sala, en camas que cada noche llevan y cada mañana retiran.

Las damas ocupan generalmente una extensa galería cubierta de preciosas alfombras. Vense alrededor, de trecho en trecho, almohadones de terciopelo carmesí bordados con oro. Hay además bastantes muebles adornados con piedras finas bien labradas, pero traídas del extranjero; mesas de plata, cómodas y espejos admirables, tanto por su tamaño como por la rica labor de sus marcos, donde la materia más

vil es pura plata. Lo que me gusta más entre todo son los *escaparates*, especie de armarios cerrados por un gran cristal, y conteniendo en sus estantes cuanto se puede suponer raro y precioso construido en ámbar gris, porcelana, cristal de roca, bezoar, coral, nácar, filigrana de oro y otros mil materiales preciosos.

Reuníamos en la galería más de sesenta señoras, y ni una sola llevaba sombrero. Todas estaban sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas por debajo del vestido, antigua costumbre que han heredado de los moros. No había más que un sillón de tafilete, bastante mal construido; pregunté á quién estaba destinado, y me dijeron que al Príncipe de Monteleón, quien sólo entraba cuando se habían retirado las señoras. No pudiendo resistir la postura en que ellas descansaban cómodamente, me senté sobre unos almohadones; alrededor de un brasero de plata donde ardían huesos de aceituna para que no hubiera tufo, estaban acurrucadas seis ó siete señoras, y cuando alguna nueva visita llegaba, la enana ó el enano adelantábanse para anunciarla hincando una rodilla en el suelo; en seguida poníanse de pie todas las damas, y la joven Princesa se acercaba la primera rápidamente á la puerta para recibir á quien venía, sin duda á felicitarla por su casamiento.

Las señoras en España no se saludan besándose (tal vez por no descomponerse la pintura que amontonaron en sus mejillas), pero se ofrecen las manos desenguantadas y hablándose con cariño se tratan de *tú*, sin llamarse nunca señora, señorita, ni alteza ni excelencia, sino solamente D.<sup>a</sup> María, D.<sup>a</sup> Clara, D.<sup>a</sup> Teresa, etc. Queriendo saber por qué adoptan en su trato maneras tan familiares, he averiguado que lo hacen así para evitar entre todas motivos de piques y rencillas, y que, como por muchos medios pueden establecer diferencias hablando sencillamente y distinguir de fácil modo clases y rangos distintos, han adoptado la costumbre de tratarse sin aparente ceremonia. Es necesario añadir que se arreglan siempre los casamientos entre personas de la misma condición, que las familias de los togados no se confunden con las de los cortesanos, y que un hombre que goce de

título se une siempre con la hija de otro titulado. Aquí nunca la plebe se confunde y enlaza con la nobleza, como sucede á veces en Francia, por lo cual poco arriesgan las mujeres de igual condición tratándose familiarmente. Si van llegando á una visita cien señoras, una después de otra, es preciso levantarse cien veces seguidas, y se anda como en procesión para salir á recibirlas á veces hasta la antesala. Esta costumbre me fatiga tanto que las visitas me ponen de mal humor.

Las señoras iban todas muy compuestas, luciendo preciosos vestidos y magníficas joyas de valor extraordinario. Había en la sala dos mesas de tresillo, donde se jugaba mucho sin hacer el más pequeño ruido. Yo no entiendo las barajas españolas, que parecen hechas de papel y están pintadas de distinto modo que las nuestras. Parece que se tiene una sola carta en la mano cuando se toma todo el juego, y creo no sería difícil á un tramposo escamotear una de aquellas delgadas cartas ó un juego completo.

Hablábase de todo, repitiendo las noticias de la corte y de la villa. La conversación era libre y agradable: fuerza es convenir en que tienen las españolas un ingenio del que nos hallamos á mucha distancia; son cariñosas, amigas de alabar, y alaban de una manera noble, llena de viveza y discernimiento; sorprende su mucha memoria, que acompaña generalmente á su grande imaginación; su corazón es blando y sensible, algunas veces más de lo necesario; leen poco y escriben menos, pero aprovechan muy bien sus escasas lecturas, y lo que raras veces escriben resulta siempre oportuno y conciso.

Sus facciones son finas y bien delineadas, pero su excesiva delgadez sorprende á los que no estamos acostumbrados á verlas. Generalmente son morenas, pálidas, y su piel es lisa y delicada; sin duda la viruela no las castiga tanto como en otros países, porque la mayoría no están marcadas por ella.

Sus cabellos son negros como el ébano y muy lustrosos, bien que no los cuiden con muchos primores ni muchos afeites, usando por lo regular un solo peine. En efecto, el otro

día vi en casa de la Marquesa de Alcañices (hermana del Condestable de Castilla que se había casado en primeras nupcias con el Conde-Duque de Olivares) su tocado dispuesto, y— aun siendo esta señora una de las más elegantes y ricas— su tocado estaba en una mesilla de plata y sólo contenía un pedazo de lienzo de Indias, un espejo como la palma de la mano, dos peines, un acerico, y en una taza de porcelana, clara de huevo batida con azúcar cristalizada. Pregunté á una doncella lo que hacía con este menjurge, y me dijo que servía para desengrasar la piel y ponerla brillante. Algunas tienen la frente lustrosa como un cristal; diríase que la llevan siempre barnizada, y la piel tan tersa que sin duda les duele. La mayor parte de las mujeres se peinan las cejas, estrechándolas y de manera que aparenten arrancar del mismo punto hacia uno y otro lado de la frente, lo cual es considerado aquí por un atractivo incomparable.

Sin embargo, muchas no usan tales atavíos y en general me parecen las españolas más naturalmente agradables que las francesas, á pesar de su tocado y de lo poco que favorecen con sus modas las bellezas de su cara, que no recibe atractivo de adorno alguno, pero que tiene unos ojos incomparables; ardientes y expresivos, hablan un lenguaje tan cariñoso y comprensible, que, aun cuando las españolas no poseyeran más gracias que las de sus ojos, adquirirían fama de muy hermosas, interesando el corazón de los hombres. Las dentaduras de las mujeres me parecen bastante regulares y serían muy blancas si se acostumbrasen á cuidarlas; pero se las abandonan, estropeándolas además á fuerza de comer dulces y chocolate. Los hombres y las mujeres tienen aquí la mala costumbre de limpiarse los dientes con un palillo delante de otras personas, en la calle ó en la visita; nadie se los manda arreglar por los dentistas, y si alguien pretendiese hacerlo, tendría que renunciar á su propósito, porque aquí no hay gentes que desempeñen este oficio; cuando es necesario arrancar una muela, lo hace un cirujano como puede, según su leal saber y entender y su poca ó mucha práctica.

Al entrar en el gabinete de la Princesa de Monteleón ex-

trañóme ver que algunas damas, jóvenes todavía, llevaban sobre las narices y apoyados por detrás de las orejas grandes anteojos, y lo que más me sorprendió fué ver que ninguna de aquellas damas hacía cosa para la cual pudieran los anteojos servirle, pues todas hablaban sin aplicarse á labor alguna y sin quitárselos. La curiosidad hostigóme y pregunté á la Marquesa de la Rosa, con quien he trabado grande amistad, á qué obedecía lucir sin necesitarlo aquel objeto entonces inútil. Es la Marquesa de la Rosa una brillante dama que conoce bien la sociedad en que vive, aunque nació en Nápoles, y tiene mucho y delicado ingenio; echóse á reir al escuchar mi pregunta y respondióme que como los anteojos daban cierto aire de gravedad, no se los ponían las españolas para distinguir mejor á través de los cristales, sino para inspirar respeto.—Ved á esa dama—díjome refiriéndose á una que cerca de nosotras estaba;—creo que no se ha quitado los anteojos en diez años ni siquiera para dormir; sin exageración, muchas señoras y muchos caballeros comen con los anteojos montados en las narices, y en la calle y en las visitas veréis á muchas gentes que nunca los abandonan.

—Es oportuno—continuó diciéndome—que os hable con este motivo de cierto suceso que ha de agradaros. Hace algún tiempo, ventilaba una orden religiosa un litigio de graves consecuencias; era tanto el interés que no se descuidaba lo más mínimo, y aprovechando todas las ocasiones, no despreciaron la influencia de un joven novicio cuyos padres eran personas de muy alta calidad. El prior aseguró al joven que todo podía prometérselo si por su recomendación le podía sacar del atolladero. Al fin los frailes consiguieron lo que deseaban, y el novicio, rebosando de gozo, corrió á darle al prior la noticia, disponiéndose al mismo tiempo á pedirle una gracia que deseaba grandemente obtener; pero el prior, después de haberle oído y abrazado, díjole con solemne y grave tono:—Hermano, *póngase las ojerás*. Esta libertad que se le concedía produjo tal júbilo en el novicio, que considerándose por ello de sobra honrado, no se acordó de pedir otra cosa. El Marqués de Astorga—prosiguió la Mar-

quesa,—siendo Virrey de Nápoles, mandó esculpir su busto en mármol y no dejó de ponerle sus grandes anteojos. Es tan común el uso de éstos, que se procura que sus formas guarden proporción con el rango de la persona que los usa; y á medida que la fortuna de cada cual sea más elevada, mayores van siendo también los cristales de sus anteojos y á mayor altura se apoyan sobre la nariz. Los Grandes de España los llevan tan anchos como la palma de la mano, sosteniéndolos por detrás de las orejas y quitándoselos con menos frecuencia que la golilla. Antiguamente hacíanse traer cristales de Venecia, pero desde que el Marqués de la Cueva acometió la empresa denominada *el triumvirato*, porque fueron tres los que quisieron incendiar el arsenal de Venecia con espejos ovalados, pretendiendo por este medio hacer al Rey de España dueño de aquella ciudad, los venecianos á su vez hicieron construir buen número de anteojos que mandaron á su Embajador en Madrid, el cual fuélos regalando á toda la corte y todos aquellos que los usaron resintiéronse de la vista de modo que casi quedaban ciegos. Eran cristales de tal manera tallados que al recibir el menor rayo de sol abrasaban. Sucedió que un día en el Consejo habían dejado abierta una ventana de manera que el sol, dando de lleno en los anteojos de los concurrentes, produjo una especie de fuegos de artificio que abrasaron las pestañas de todos, ofuscando la vista. Puede imaginarse cuál sería el espanto que produjo semejante accidente entre los viejos venerables que fueron víctimas.

—Bien quisiera—le dije á la Marquesa—tener por cierto el notable caso que me habéis referido, pero me parece muy exagerado.—Como yo no lo vi—prosiguió ella sonriendo—no puedo afirmar positivamente su veracidad, pero juzgo del todo cierto lo que os dije referente al prior y á un novicio de una orden religiosa.

Posteriormente y con frecuencia he reparado que muchas personas de calidad, yendo solas ó acompañadas en las carrozas de paseo, lucen sobre sus narices enormes anteojos que casi me asustan.

En casa de la Princesa nos dieron un agradable refrigerio;

presentáronse diez y ocho doncellas con grandes azafates de plata llenos de confituras secas, de albaricoque, cereza, ciruela y otras varias frutas envueltas pieza á pieza en papeles dorados y recortados por las puntas como un fleco. Esto me pareció muy bien y extremadamente limpio, pues así los dulces se cogen y se llevan á la boca desenvolviéndolos con cuidado sin pringarse los dedos, y puédesse también guardar algunos, como es costumbre, sin ensuciar los bolsillos. Hay señoras que después de atracarse de dulces hasta reventar, sacan seis ó siete pañuelos que para estos casos llevan y los llenan de dulces. Aunque parezca esto un abuso á todas las demás, hacen ver que pasa desapercibido; tal es la cortesía, que cuando han colmado sus provisiones todavía se les ofrece nuevamente que repitan, como si nada hubieran hecho. Las que así se portan anudan después sus pañuelos y los atan con un cordón alrededor de su miriñaque.

Luego de los dulces diéronnos buen chocolate servido en elegantes jícaras de porcelana. Había chocolate frío, caliente y hecho con leche y huevos. Tomámosle con bizcochos; hubo señora que se sorbió seis jícaras una después de otra, y esto lo hacen algunas dos ó tres veces al día. No extraño ya que las españolas estén tan flacas, pues no hay cosa más ardiente que el chocolate, de que tanto abusan; además, lo comen todo muy cargado de pimienta y otras especias, de modo que debieran estar abrasadas. En casa de la Princesa varias comieron también tierra sigilada. Ya os he dicho la pasión que muchas tienen por mascar esta tierra, que suele dejarlas opiladas con frecuencia; el estómago y el vientre se les hinchan haciéndose duros como piedra y la piel se les pone amarilla como un membrillo. Yo quise también probar ese requisito tan estimado y tan poco estimable, y en adelante preferiría comer asperón que tierra sigilada; pero si se pretende ser agradable á estas damas es preciso regalarles algunos *búcaros* que ellas nombran *barros*; y, frecuentemente, los confesores no les imponen otra penitencia que la privación de pasar un día sin probar aquella tierra, que á juicio de muchos tan buenas y tantas cualidades reúne; cura de ciertas enfermedades y en un vaso de tierra sigilada descúbrese cual-

quier bebida venenosa. Yo tengo uno que hace malo el vino y riquísima el agua. Ésta parece que hierva cuando se llena el vaso y se la ve agitarse y retemblar (no sé si es propio lo que digo), pero después de algún tiempo, no largo, el vaso se vacía, tan porosa es la tierra de que está hecho, y huele muy bien.

Diéronnos agua extremadamente fría; en ninguna parte se sirven las bebidas tan frescas como aquí. Para prepararlas usan con preferencia la nieve, que refresca mejor que el hielo. Es aquí uso establecido después de tomar el chocolate beber agua muy fresca.

Terminada la merienda entraron luces. Acercóse primero el mayordomo, un hombre pequeño y encanecido, que llevaba una cadena de oro al cuello y pendiente de la cadena una medalla, regalo que se le había hecho por la boda del Príncipe de Monteleón. Dobló una rodilla en tierra, estando en el centro de la galería, y dijo levantando la voz:—Alabado sea el Santísimo Sacramento. Á lo que todos contestaron:—Por siempre alabado sea. Esta costumbre se sigue siempre al encender las luces. En seguida veinticuatro pajes entraron de dos en dos, hincando al entrar la rodilla, y trayendo cada uno dos grandes candelabros ó un *velón*, y cuando los hubieron dejado sobre las mesas y en los escaparates, retiráronse con mucha ceremonia. Entonces, todas las damas hicieron unas á otras grandes reverencias. Será conveniente decir que los velones son lámparas sostenidas por una columna de plata bastante alta y que tiene un pie muy ancho. Cada lámpara tiene diez ó doce picos, en cada uno de los cuales arde una torcida, de modo que un velón produce mucha claridad, y para que sea mayor ésta, lleva detrás de la luz una pieza de plata que la refleja. El humo no incomoda, y el aceite que se gasta en estos velones no tiene nada que envidiar al fino que se usa para ensaladas. Esta moda me agradó muchísimo. Cuando todos los candelabros quedaron dispuestos en la galería, donde les correspondía estar, la joven Princesa de Monteleón mandó á sus doncellas que llevaran el traje de boda, porque pensaba enseñármelo. Las doncellas volvieron con treinta cestillas de plata, y eran tan pesadas que para sos-

tener cada una empleáronse cuatro doncellas. Dentro de las canastillas había todo lo que puede pedirse, lo más hermoso y rico, ajustado á la moda del país. Entre otras cosas admiré seis jubones de brocado con botones de diamantes y esmeraldas, teniendo cada uno seis docenas de piedras preciosísimas. La ropa blanca y las puntillas de blonda no eran menos bellas que lo demás. La Princesa me hizo ver sus joyas y aderezos, que son admirables, pero tan mal contruídos, que los mayores diamantes aparecen del tamaño de uno de 30 luises que hubiera sido montado en París.

Las iglesias de Madrid me han parecido muy hermosas y bien dispuestas, pero se ven poco frecuentadas por las grandes señoras, que rezan en sus capillas particulares contruídas en sus casas; sólo en ciertos días del año van todas á las iglesias, como, por ejemplo, en los de Semana Santa.

Nuestra Señora de Atocha me ha gustado mucho: está enclavada en un convento donde habitan bastantes frailes que no salen casi nunca, porque una de sus reglas más atendidas es el recogimiento en la clausura; su vida es muy austera. Desde todas partes acuden los fieles á Nuestra Señora de Atocha, que tiene muchos devotos, y cuando los Reyes de España celebran algún feliz suceso, en esta iglesia mandan cantar el *Te-Deum* en acción de gracias. En un altar hay una Virgen sosteniendo al niño Jesús entre sus brazos; las gentes la consideran milagrosa, es negra y con frecuencia la visten con traje de viuda; pero en las grandes solemnidades la cubren con riquísimas telas é incomparables pedrerías, tan hermosas y tan abundantes que no se puede ver nada que lo iguale por magnífico que sea. La Virgen tiene sobre la cabeza una corona de gloria dispuesta en forma de sol, cuyos rayos deslumbran; lleva también un gran rosario. Este altar está colocado á la derecha de la nave central, en un sitio que sería oscuro del todo si no lo iluminaran más de cien suntuosas lámparas de plata y de oro que siempre se mantienen encendidas. El Rey tiene una tribuna desde donde sin ser visto presencia las ceremonias religiosas oculto detrás de la celosía.

En todas las iglesias hay unas esterillas de junco muy con-

venientes para no tenerse que arrodillar en el suelo, y en cuanto entra una persona de calidad ó una dama extranjera, el sacristán corre á poner un tapiz en el sitio donde aquélla se detuvo, y sobre el tapiz coloca un reclinatorio, ó bien la invita otras veces á entrar en las tribunas, pintadas, doradas y envidriadas, donde se descansa y reza muy cómodamente.

No pasa un solo domingo sin que se iluminen con más de cien velas los altares, que en todas las iglesias de Madrid están atestados de plata. En ciertos días de gran solemnidad, fórmanse jardincillos de césped con surtidores que se derraman sobre fuentes de plata, de mármol ó de pórfido. Colócanse alrededor multitud de naranjos de dos varas de altura, arraigados en grandes tiestos y sobre los cuales van á posarse algunos pajarillos que cantan como si estuvieran en la vega. Estas funciones se repiten con bastante frecuencia, y las iglesias nunca están desprovistas de naranjos y jazmines que las perfuman con olores bastante más agradables que el del incienso.

Vese en la capilla de Nuestra Señora de la Almudena una Virgen que, al decir de las gentes, fué traída de Jerusalén por Santiago, que la escondió en una torre de la muralla. Cuando los moros sitiaron la Villa, encontrándose sus habitantes reducidos á un hambre feroz, deliberaron para decidir la manera de rendirse; pero alguno fué á la torre donde la Virgen estaba escondida y la encontró llena de trigo. Tal abundancia no podía originarse más que por un milagro, y el pueblo, satisfecho, envalentonóse defendiéndose con tal denuedo, que los moros tuvieron que retirarse fatigados y sin esperanzas. Descubrióse la Imagen y construyeron para venerarla una capilla en cuyas paredes pintaron al fresco las escenas que acabo de relatar. El altar, la barandilla y las lámparas son de plata maciza. Á poca distancia de la Almudena tienen los Mínimos una iglesia, donde se ofrece culto á Nuestra Señora de la Soledad, donde se reza la Salve todas las tardes y es un lugar de mucha devoción para los verdaderos fieles, aunque los menos aprensivos lo hacen servir como punto de citas y afortunados encuentros.

La capilla de San Isidro es entre todas la más bella. San Isidro, patrón de Madrid, era un pobre labrador; los muros de su capilla están incrustados con mármoles de colores; las columnas y las imágenes de algunos santos son de mármol también. La tumba de San Isidro está en el centro y cuatro columnas de pórfido sostienen sobre ella una hermosa corona de flores tallada en mármol de diversos matices dispuestos con tal propiedad que no parece sino que el arte ha excedido á la naturaleza. Las imágenes de los doce Apóstoles adornan por su parte exterior la cúpula de la capilla.

En la parroquia de San Sebastián he visto una silla que la Reina madre hizo construir para llevar los Sacramentos á los enfermos cuando hiciera mal tiempo. Está forrada de terciopelo carmesí bordado en oro y cubierta de piel con clavos dorados; tiene grandes cristales y una especie de pequeño campanario lleno de campanillas de oro. Cuatro curas la llevan cuando alguna persona de calidad estando enferma quiere recibir al Señor, acompañándola en seguimiento muchas gentes de la Corte. Más de mil cirios alumbran y el cortejo se detiene en las grandes plazas que se cruzan en su camino, mientras el pueblo, de rodillas, recibe la bendición, y los músicos y los cantores mezclan con la humana voz las notas de la guitarra y del arpa. Es generalmente por la tarde cuando se lleva, como he dicho, el Santísimo Sacramento con respetuosa ceremonia.

Cuando ha de celebrarse alguna fiesta en cualquier iglesia, desde la víspera se clavan en el suelo grandes mástiles, encima de los cuales se colocan unas parrillas en forma de cazoleta, bastante hondas y llenas de teas impregnadas de aceite y azufre, que arden produciendo por algunas horas hermosa claridad. Fórmanse calles con los mástiles colocados en fila y resulta una iluminación muy agradable, de la cual se hace uso también en toda clase de festejos públicos.

Las mujeres que van á la iglesia por la mañana oyen una docena de misas, pero sus muchas distracciones dejan claramente comprender que otros pensamientos les preocupan más que los rezos; llevan manguitos de media vara de largos y hechos con ricas pieles de marta, de modo que cada

manguito cuesta 400 ó 500 escudos, y es necesario que la que lo lleva extienda todo el brazo para poder introducir en el hueco la punta de los dedos; como las españolas en general tienen poca estatura, sus manguitos resultan casi tan altos como ellas, que llevan además un abanico, y tanto en invierno como en verano, mientras dura la misa, no paran de abanicarse. Siéntanse como los moros sobre las piernas cruzadas y toman con frecuencia polvo de tabaco sin confundirse, porque para esto, como para todo, tienen maneras muy finas y apropiadas. Cuando se levanta la Hostia, las mujeres y los hombres danse muchos puñetazos en el pecho, produciendo tal ruido que al oírlo por primera vez, volvíme sobresaltada, temerosa de que algunos riñeran golpeándose ferozmente.

Los caballeros (y aludo á los más galantes, que llevan una gasa en el sombrero), cuando la misa terminaba, recogíanse alrededor de la pila del agua bendita y al acercarse las damas á tomar agua para repetir la señal de la cruz, ofrecíanse ellos con la mano, diciéndoles al mismo tiempo frases requebradoras. Ellas agradecían contestando con brevísimas palabras, pues necesario será convenir en que las españolas dicen sólo aquello más prudente y oportuno sin esforzarse gran cosa para pensarlo; su fácil ingenio les prepara las respuestas repentinamente.

Monseñor el Nuncio de Su Santidad ha prohibido bajo pena de excomuni6n que los hombres ofrezcan á las mujeres agua bendita, y se asegura que esta prohibici6n obedece á ciertas reclamaciones formuladas por maridos celosos. Lo cierto es que se observa el mandato, el cual no permite á los caballeros ni siquiera ofrecerse unos á otros el agua de las pilas en la iglesia.

Cualquiera que sea el rango de las españolas, nunca usan almohadones para arrodillarse y sentarse en los templos. Cuando entramos nosotras, con nuestras costumbres francesas, todos los concurrentes nos rodean; pero lo que más me incomoda es la consideraci6n que aquí es necesario tener á las mujeres embarazadas, que suelen mostrarse más curiosas que las demás. Dícese que cuando las mujeres en tal estado

pretenden una cosa y no la consiguen porque alguno se la niegue, son víctimas de una dolencia que las hace malparir; de manera que para evitarles disgustos se las considera con derecho de molestar á todo el mundo como les plazca.

Las primeras veces que me sucedió esto, no me anduve con bromas y hablé secamente á las que de mi paciencia querían abusar; algunas se retiraron llorando sin atreverse á volver cerca de mí, pero en cambio hubo muchas que, sin apartarse quisieron ver mis zapatos, mis ligas y lo que yo llevaba en los bolsillos. Cuando yo me resistía, mi parienta me avisaba rogándome que fuera condescendiente porque si las gentes plebeyas reparaban mi proceder, serían capaces de apedrearme por el poquísimos caso que yo hago de lo que tanto respetan ellas. Las doncellas de mi servicio vense mucho más molestadas que yo, porque no tiene límites aquí la curiosidad importuna de las mujeres embarazadas.

Hanme referido que un joven caballero de la Corte, viviendo enamorado de una señora muy hermosa, para tener ocasión de hablar con ella burlando la vigilancia del marido, disfrazóse de mujer en cinta y fuése á casa de su adorada, diciendo que tenía el *antojo* de hablar á solas con la señora. El marido, ajeno de sospechas, aunque era celoso y no se apartaba de su mujer un solo instante, accediendo á la súplica se ausentó para dar tiempo á una larga y agradabilísima entrevista.

Cuando las mujeres embarazadas desean ver al Rey, se lo hacen saber por medio de algún criado palaciego, y el Rey sale á un balcón, donde permanece mientras ellas le miran.

Hace algún tiempo que una española recién llegada de Nápoles pidió al Rey que se dejara ver, y cuando le hubo mirado bastante, transportada por su celo, díjole cruzando la manos: «Ruego al cielo, señor, que os conceda la gracia de haceros algún día Virrey de Nápoles.» Créese, tal vez con fundamento, que alguien mandó representar esta comedia para informar al monarca de que la magnificencia desplegada por el Virrey de Nápoles, odioso á la mayoría, era superior con mucho á la de los Reyes de España. Con frecuencia llegan á nuestras habitaciones algunas damas que no cono-